
del vecindario a las redes sociales: cambio de perspectivas en la sociología urbana

aldo panfichi h.

El desarrollo de la sociología urbana como campo específico de estudio, ha estado marcado por un esfuerzo permanente por definir un área de preocupaciones propias entre dos dimensiones de análisis: la espacial y la social. Al no poder definirse un objeto de estudio común, diferentes escuelas de análisis han enfatizado una u otra dimensión, o diferentes combinaciones de las dos, para poder explicar tanto el crecimiento y la configuración física de las ciudades, como los fenómenos sociales, políticos y culturales que ocurren en ellas.

Desde sus orígenes a inicios del siglo veinte, los continuos cambios teóricos y metodológicos que han ocurrido al interior de la sociología urbana han sido, en gran medida, respuestas a las grandes transformaciones que han experimentado las ciudades. En efecto, durante el siglo veinte, las ciudades se han convertido en las áreas de residencia preferidas por buena parte de la humanidad. Millones de personas de todas las razas y condiciones sociales han migrado de las áreas rurales de todo el planeta a viejas y nuevas urbes. Económicamente, las ciudades se han convertido en las áreas más dinámicas, tanto en la producción de bienes y servicios como en el comercio e intercambio. Y políticamente, la centralidad de las ciudades en el dominio de los espacios nacionales se ha reforzado considerablemente.

No obstante estas transformaciones, es posible distinguir ciertas constantes que han caracterizado a la sociología urbana desde sus inicios. La más importante, para los propósitos de este trabajo, ha

sido el enfoque preferencial (aunque no exclusivo) en los pobres, más que en los sectores adinerados o las clases medias. Los orígenes étnicos y sociales de los pobres urbanos, sus áreas de residencia dentro de la ciudad, sus formas de empleo y potencial económico, y su rol en la política o en la cultura, han sido los temas de reflexión más importantes entre los sociólogos. Obviamente, los énfasis varían considerablemente entre aquellos que perciben a los pobres como una amenaza al orden social y quienes los ven como portadores de cambios sociales y políticos.

Las dos dimensiones de análisis de la sociología urbana, la espacial o ecológica y la social, también han sido usadas para entender a los pobres de las ciudades. Aquellos analistas con un énfasis más ecológico, toman como punto de partida los determinantes físicos del ambiente en el cual la gente pobre reside (el hacinamiento o la ausencia de servicios básicos), para explicar su conducta social, cultural y política. Otros sociólogos enfatizan las variables culturales (la reproducción de la cultura campesina entre los migrantes urbanos o las diferentes tradiciones étnicas o nacionales) o el rol de la estructura económica de la ciudad, para explicar tanto su distribución espacial como los diferentes patrones de conducta.

Esta preocupación por los pobres dio lugar al florecimiento de un área de interés denominada «community studies» (estudios de comunidad), donde con dramatismo se reprodujo las continuas tensiones entre las dos dimensiones de análisis mencionadas anteriormente. Los estudios de las comunidades pobres dominaron la sociología urbana desde sus inicios hasta fines de los años sesenta, cuando la influencia del neo-marxismo (Harvey y Castells), al poner todo el peso explicativo en el funcionamiento macroeconómico de la sociedad, desalentó el estudio de comunidades urbanas específicas. Sin embargo, estas han experimentado un renovado interés en años recientes. Este trabajo discutirá las posibilidades de renovación que con el análisis de las redes sociales se abren a la sociología urbana, en especial al estudio de las diversas formas de comunidad que organizan la vida cotidiana en las grandes ciudades.

Los estudios de comunidad

El estudio de diferentes comunidades que coexisten en las ciudades, sobre todo en comunidades residenciales o vecindarios, es una de las tradiciones más establecidas en la sociología urbana. Se inició con la llamada Escuela de Chicago, la cual entre 1913 y 1940 definió teórica y empíricamente la agenda de investigación sobre los problemas urbanos de las ciudades norteamericanas. En efecto, utilizando la perspectiva de la «ecología humana», un grupo de sociólogos de la Universidad de Chicago sostuvo que la organización espacial de la ciudad y la configuración física de sus vecindarios tenían influencia directa en el desarrollo de diferentes estilos de vida que ocurrían en esta ciudad.¹

¹ La ecología humana es la preocupación por la manera en que las relaciones sociales de las personas son afectadas por su medio ambiente, especialmente en sus uniones físicas y su distribución espacial

El punto de partida de la Escuela de Chicago fue un artículo fundacional escrito por Robert Park en 1915, que luego formó parte de un libro de gran influencia editado por Park, Ernest Burgess y Robert McKenzie en 1925, *The City*.² Park y sus colegas tomaron la idea de la existencia de un orden natural en la ecología y la botánica, y buscaron encontrar un orden similar en las urbes modernas. Ellos desarrollaron una teoría que argumentaba que las ciudades estaban compuestas por áreas naturales distintas físicamente, y que cada una de estas áreas constituía un mundo social y cultural diferenciado que podría ser explorado por los investigadores. La proximidad física y el contacto entre los residentes eran definidos como los elementos básicos de la organización social de estas áreas. Y la combinación de todas estas áreas convertía a la ciudad en un mosaico de pequeños mundos o vecindarios, separados física y socialmente y con poca interpenetración entre sí. Desde esta perspectiva, el rol de los sociólogos debería ser estudiar cada uno de estos vecindarios definiéndolos como comunidades urbanas.

Otro paso importante en el desarrollo de esta perspectiva de ecología humana fue la publicación, en 1938, del ensayo «Urbanism as a way of life», de Louis Wirth, que pronto se convirtió en el texto teórico dominante de la disciplina.³ Wirth reconocía la existencia de este mosaico de órdenes sociales en la metrópolis, pero llegó más lejos argumentando que el nuevo ambiente de la ciudad industrial —caracterizado por su gran extensión, alta densidad y heterogeneidad social— tendría un impacto negativo en los tipos de relaciones que los seres humanos podían establecer entre ellos. Desde su perspectiva, esto llevaría a «la sustitución de contactos secundarios en vez de primarios, al debilitamiento de los lazos de parentesco, al declive del significado social de la familia, y al socavamiento de las bases tradicionales de la solidaridad mecánica».⁴ Todo esto produciría la fragmentación del orden moral consensual de la ciudad como conjunto, mientras que las relaciones entre residentes se tornarían crecientemente frías, impersonales y fragmentadas, acabando en una anomia generalizada. Para Wirth, esta fragmentación del orden moral común entre los residentes de la ciudad era también la causa principal del crimen y la delincuencia que plagaban la sociedad urbana.

En suma, la Escuela de Chicago se caracterizó por la promoción de los estudios de casos de comunidades concretas espacialmente definidas, en los que las variables ecológicas jugaban un papel central en el análisis. Al mismo tiempo, estos estudios enfatizaban las tendencias

en la ciudad. Para una buena revisión de esta perspectiva, ver Smith, P.: *The City and Social Theory*, Nueva York: St. Martin's Press, 1979, Capítulo 2.

² Robert Park: «The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the City Environment», en *American Journal of Sociology* 20 (marzo, 1915), pp. 577-612; Park, Burgess y McKenzie, Eds., *The City* (Chicago: University of Chicago Press, 1925). Otro de los principales miembros de la Escuela de Chicago fue Louis Wirth. El trabajo de Robert Redfield *The Folk Society* (1947) tuvo también gran influencia, porque construyó un «tipo ideal» de la sociedad rural que fue entendido como el otro lado de la tesis de la Escuela de Chicago sobre la vida urbana moderna. Ambos enfocaron el mismo proceso —el paso de la sociedad rural a la urbana, y sus impactos supuestamente negativos en el comportamiento humano.

³ Louis Wirth: «Urbanism as a way of life», en: Albert J. Reiss, Jr., ed.: *On cities and Social Life*. (Chicago: The University of Chicago Press, 1938).

⁴ Op. cit.: p.169.

cambiantes más amplias: el alejamiento de los estilos de vida «tradicionales» (entendidos como rurales), y el acercamiento a un nuevo y moderno «estilo de vida urbano».

En los años siguientes, sin embargo, esta perspectiva fue criticada por otros sociólogos que argumentaban que clase, ocupación, etnicidad y ciclos de género y familia, eran más importantes que los factores ecológicos en la definición de cómo y por qué la gente reaccionaba de diferentes maneras a su medio ambiente inmediato. Escribiendo en los años cincuenta e inicios de los sesenta, Oscar Lewis, William F. White y Herbert Gans, refutaron la afirmación que con el desarrollo de la moderna vida urbana declinarían dramáticamente las solidaridades y relaciones sociales entre grupos primarios.⁵ Y es que al estudiar los nuevos grupos de migrantes de ciudades de los Estados Unidos, estos sociólogos señalaron que cuanto más impersonal se convertía el sistema económico, mayor sería la necesidad de obtener vínculos personales fuera del espacio social del mercado. Vínculos como la amistad, el parentesco y las redes de ayuda mutua florecerían en las llamadas «villas urbanas», una adaptación exitosa de estructuras y formas culturales «tradicionales» a contextos urbanos modernos.⁶

* * *

Los críticos más fuertes del determinismo de la Escuela de Chicago sostenían que las variables ecológicas siempre operaban a través de la estructura social y de los valores culturales de los residentes urbanos. Una de las que sostuvieron esto con mayor fuerza fue Janet Abu-Lughod, para quien no existía un grupo de determinantes ecológicos de la conducta humana, ni un «estilo de vida urbano». En vez de ello, habían diferentes maneras de vida coexistiendo en los contextos urbanos.⁷ Y en vez de una simplista correlación de causa-efecto, habían varios tipos de vidas urbanas que requerían interpretaciones más complejas.

Confrontado por estas nuevas voces, el determinismo ecológico representado por la Escuela de Chicago empezó a declinar, en favor de una concepción más amplia de los estudios de «vecindarios», en los cuales se relacionaron los elementos físicos y los socioculturales. A pesar de mantener un concepto de comunidad que incluía un espacio o fronteras físicas, y un acercamiento metodológico que enfocaba los estudios de casos de vecindarios, lo que distinguió a estudiosos como Whyte, Gans, Jane Jacobs y Gerald Suttles fue su mayor énfasis en los factores étnicos y de clase, para explicar formas de organización y de conductas. Estos estudiosos se concentraron en estudiar vecindarios de la clase trabajadora con fuertes

⁵ Ver por ejemplo William F. White, *The Street Corner Society* (Chicago: The University of Chicago Press, 1952); Herbert Gans, *The Urban Villagers* (Nueva York: The Free Press, 1962); y *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty, San Juan and New York*. (Nueva York: Random House, 1966).

⁶ Este argumento se encuentra en el texto de Smith, *op. cit.*, pp. 173-175.

⁷ Ver Janet Abu-Lughod, *Changing Cities: A Textbook in Urban Sociology*. (Nueva York: Harper & Row, 1991), p. 274.

identidades étnicas, particularmente italoamericanos.⁸ Sus trabajos niegan la existencia de un estado de desorganización social en estos vecindarios, subrayando que, por el contrario, éstas eran áreas urbanas intrínsecamente organizadas, a pesar de que en la mayoría de los casos se caracterizaban por contar con tipos informales de organización, tales como redes de parentesco, grupos étnicos, asociaciones de ayuda mutua y pandillas juveniles.

A pesar de haber sido usados con diferentes énfasis, dos conceptos claves en estos estudios de vecindarios fueron los de solidaridad residencial y etnicidad. La solidaridad residencial estaba basada en el desarrollo de fuertes vínculos entre los residentes que comparten características sociales similares y viven en la misma unidad ecológica. La experiencia cotidiana de vivir juntos y de conocer los códigos culturales de los vecinos, crea sentimientos de solidaridad y lealtad entre ellos. Estos sentimientos reemplazan la anomia de la vida moderna y mantienen la cohesión social del vecindario. Para estos estudios, la base de estos vínculos era generalmente la etnicidad, la cual era usada para explicar las identidades locales y las interacciones sociales.

Una variante interesante en este grupo, sin embargo, fue el trabajo de Gerald Suttles. Este autor reaccionó contra lo que llamaba la «romanización de la comunidad local» de otros autores en esta perspectiva. Remarcó la tendencia a ver la comunidad como un espacio aislado en el cual los sentimientos son tan básicos que la solidaridad es percibida sólo como una solidaridad expresiva, desprovista de funciones conflictivas o instrumentales. En contraste, él tuvo dos puntos de partida diferentes. Primero, argumentó que un vecindario no era una isla cultural y ecológica, sino que tiene muchos lazos con la metrópolis. Por este motivo, los factores de organización más importantes de cada vecindario —como la etnicidad, la edad, el sexo y los ingresos— son características comunes de la sociedad entera. Sin embargo, en su trabajo, la dimensión local mantiene sus peculiaridades. El crecimiento urbano no reemplaza las formas de organización ni las prácticas culturales más antiguas, sino que a menudo se desarrolla junto a ellas. En realidad, tanto la dimensión local como la global, tienen efectos sobre la manera en que se construye el orden social de un vecindario residencial.

Además, Suttles argumentó que un vecindario no era necesariamente una arena de solidaridad uniforme, sino que daba cabida a una variedad de tensiones y conflictos dentro de sus fronteras. En *The Social Order of the Slum* (1968) analizó el vecindario del tugurio de Addams, en la zona oeste de Chicago, donde coexistían cuatro grupos étnicos: italoamericanos, afroamericanos, méxico-americanos y puertorriqueños. Cada grupo étnico vivía en un sector diferente de este tugurio, con claras barreras físicas y culturales entre ellos. También existían diferentes códigos morales y maneras de manejar las relaciones

⁸ Además de Whyte y Gans, op. cit., ver Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities* (Nueva York: Vintage Press, 1961); y Gerald Suttles *The Social Order of the Slum* (Chicago: The University of Chicago Press, 1968) y *The Social Construction of Communities* (Chicago: The University of Chicago Press, 1972).

sociales dentro de sus límites. Los miembros de cada grupo se relacionaban entre ellos teniendo como base la solidaridad y la lealtad. Sin embargo, las relaciones entre estos cuatro grupos operaban sobre la base del conflicto y la unidad del clan. La identidad de cada sector de este tugurio existía en directa oposición a, o a través de, la instrumentalización de los demás. Así, el «orden social» del tugurio era entendido como un grupo de mínimos criterios comunes de conducta, que permitían la coexistencia de los cuatro grupos.

A pesar de que este énfasis en las identidades y relaciones étnicas era visto por muchos como una mirada más sofisticada de la vida urbana, a comparación del anterior determinismo ecológico, surgieron dos críticas a esta perspectiva. Primero, como sostuvo Abu-Lughod, este acercamiento dejaba sin analizar grandes porciones de áreas urbanas. Desde su punto de vista, el énfasis desproporcionado en los pobres y segregados, y en las comunidades no-blancas, terminaba brindando visiones distorsionadas de los estilos de vida urbanos existentes.⁹ En segundo término, tal como fuera argumentado por los teóricos de redes como Barry Wellman, una «comunidad» no se define necesariamente ni por un espacio físico específico, ni por un grupo étnico específico. En vez de ello, los individuos pueden construir sus propias comunidades sobre la base de redes sociales de interés mutuo, inclusive si no comparten el mismo espacio residencial o una identidad étnica.¹⁰

El auge del neomarxismo y el declive de los estudios de comunidad

Las grandes transformaciones urbanas de los sesenta, y el fermento y la movilización social que caracterizaron a las ciudades norteamericanas en los sesenta y setenta, dejaron un vacío en la sociología urbana que los estudios de comunidad a nivel local no fueron capaces de llenar. En el esfuerzo por entender estos fenómenos, una nueva generación de sociólogos empezó a volver a los acercamientos marxistas, a los análisis de los procesos de amplia escala de reorganización de la producción, y de cómo estos iban cambiando la naturaleza de la vida urbana contemporánea. La combinación de factores como un rápido cambio social, la incapacidad de los análisis convencionales para explicar estos cambios, y el florecimiento del neomarxismo en los círculos académicos de mayor influencia, trajo como consecuencia una importante reestructuración de los supuestos básicos, de los marcos teóricos y los métodos de análisis, de la sociología urbana, la cual ha marcado este campo de estudios hasta el presente.¹¹

⁹ Abu-Lughod (1991). op. cit. p. 249.

¹⁰ Barry Wellman, «The community question», en *American Journal of Sociology* 84 (marzo 1979), pp. 1201-31.

¹¹ Como anotara Peter Saunders, se podría decir que el marxismo «descubrió» los temas urbanos en este período, puesto que Marx y Engels nunca prestaron mayor atención a la especificidad de los problemas urbanos, sugiriendo que la ciudad moderna no era un objeto de estudio teóricamente específico. Sin embargo, hacia fines de los sesenta y durante los setenta, la teoría marxista tendió a expandirse hacia temas y procesos que se desarrollaban fuera de la esfera de producción, «descubriendo» problemas urbanos tales como la lucha por la vivienda y otros servicios, el consumo, y otros. Ver Saunders, *Social Theory and the Urban Question* (Nueva York: Holmes & Meier Publishers, Inc., 1981), pp. 149-151.

Las perspectivas neomarxistas emergentes (también llamadas Economía Política), le daban un énfasis central al carácter sistémico del funcionamiento de la sociedad, entrelazando la causalidad de los fenómenos sociales y políticos con las contradicciones estructurales de la economía capitalista. Para los neomarxistas, las prácticas de los individuos, y la locación y naturaleza de las comunidades en las que vivían, eran explicadas por las condiciones estructurales, las cuales eran a su vez el resultado históricamente determinado de un estadio de desarrollo del modo de producción. Desde este punto de vista, entonces, los vecindarios residenciales específicos no eran considerados como objetos de estudio por derecho propio, sino como expresiones locales de las leyes generales de operación del sistema capitalista.

Los representantes más importantes de este acercamiento en la sociología urbana incluyeron a Manuel Castells, Henry Lefebvre y David Harvey.¹² Estos estudiosos difieren, sin embargo, respecto a la especificidad de sus análisis a nivel de comunidades. Castells permanece más cercano a la tradición histórica de la sociología urbana. Buscaba identificar los fenómenos macrosociales que coincidieran con el objeto espacial de la ciudad y los vecindarios que la componían. Su argumento general es que el proceso de consumo colectivo es el único fenómeno que puede cumplir ese requisito, porque está socialmente organizado dentro del contexto de un sistema espacialmente limitado, y está generalmente organizado a nivel del vecindario.

Las ciudades modernas concentran lo mejor de la fuerza de trabajo y de los medios de producción. Al mismo tiempo, concentran los medios de consumo, a través de los cuales los individuos reproducen su fuerza de trabajo. La distribución desigual de estos medios de consumo, para Castells, lleva a la emergencia de luchas por su acceso. De manera ortodoxamente marxista, estas luchas son vistas como de carácter secundario, porque «no retan directamente los métodos de producción de una sociedad, ni la dominación política de las clases dominantes».¹³ Sin embargo, tienen el potencial para volverse revolucionarias, porque cualquier crisis del consumo colectivo afecta a las distintas clases populares, haciendo posible que un actor externo —lámese una organización política revolucionaria— construya alianzas que puedan retar el balance de poder de la sociedad entera. Cuando esto sucede, sostiene Castells, estas luchas urbanas se convierten en movimientos sociales urbanos. Este argumento es elaborado en *The City and the Grassroots* (1983), libro en el que Castells estudia las actividades de movimientos populares para el control comunitario del consumo, en una variedad de vecindarios territorialmente establecidos.

Lefebvre y Harvey, de otro lado, se oponen más fuertemente a la especificidad de los estudios de comunidades. Su preocupación

¹² Ver Castells, Manuel: *The Urban Question* (Londres: Edward Arnold, Ltd., 1977), y *The City and the Grassroots* (Londres: Edward Arnold, Ltd., 1983); Lefebvre, Henry: *La Revolución Urbana* (Buenos Aires: Lotus Mare., 1976); David Harvey «The Urban Process under Capitalism: A Framework for Analysis» *International Journal of Urban and Regional Research* 2 (1978); y *The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1985).

¹³ Castells (1977), op. cit., p. 376.

principal es el significado del espacio y del ambiente físico de las ciudades en la acumulación capitalista. Ambos sostienen que el crecimiento urbano contemporáneo ha resuelto la contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción, contradicción que fuera central durante las primeras fases del capitalismo. El desarrollo del capitalismo avanzado, dicen, ha convertido el propio espacio en un bien, y también en terreno de luchas urbanas. Harvey llama a estas luchas «lucha de clase desplazada», porque tienen sus «orígenes en el proceso de trabajo, pero repercuten en todos los aspectos del sistema de relaciones capitalistas».¹⁴

A pesar de que las perspectivas neomarxistas conservaron su importancia en la sociología urbana contemporánea hasta hace muy poco, también han sufrido considerable crítica. Primero que nada, la mayoría de críticos concuerda en que, al rechazar a las comunidades como los lugares de acción autónoma, los neomarxistas se fueron demasiado hacia el extremo opuesto, tratando de reducir la complejidad de los problemas que aquejan a las comunidades urbanas a unas cuantas contradicciones macroeconómicas básicas. Además, los neomarxistas suponen la —inexistente— relación mecánica entre la estructura y la acción, asumiendo que las contradicciones estructurales de la economía urbana automáticamente conducirán a los residentes a asumir una actitud de confrontación en favor del cambio social. Como señala John E. Davis, «asumen que un grupo que tiene conciencia de sí mismo, que reconoce una situación común que diferencia sus intereses, actitudes y estilos de vida, de los de otros grupos; también tomará conciencia de la relación antagonica entre sus intereses y los de los otros grupos... que tomará conciencia de la necesidad de transformar las bases estructurales de la propiedad y el poder».¹⁵

El propio Castells no tiene éxito al integrar sus niveles de análisis macro y micro, ni al explicar la relación entre el cambio estructural y el conductual. Sus estudios de diversas comunidades locales se leen como historias separadas, pero en realidad no sugieren los tipos de lazos entre ellas que puedan trascender el nivel local y producir un cambio radical a nivel nacional. Lo que es más, mientras Castells propone una teoría de proceso que ocurre en un contexto espacial, críticos como Peter Saunders sostienen que su enfoque analítico principal, el proceso macroeconómico de consumo colectivo, es en realidad más extenso que cualquier unidad espacialmente delimitada. A pesar de que algunas provisiones sociales (tales como las escuelas o las viviendas públicas) pueden tener una referencia espacial, otras (como la seguridad social o los esquemas de pensiones) no la tienen.¹⁶

¹⁴ Harvey (1978), op. cit., p. 30.

¹⁵ John E. Davis: *Contested Ground collective action and the urban neighborhood* (Ithaca: Cornell University Press, 1991) p. 82.

¹⁶ Saunders (1981), op. cit., pp. 210-211.

La perspectiva de las clases según la vivienda

Entre quienes criticaron al neomarxismo por no contar con la especificidad cualitativa de los estudios de comunidad, hubo un pequeño grupo de estudiosos cuyos trabajos —en realidad dispersos en el tiempo y de diverso impacto— han sido llamados colectivamente «la perspectiva de las housing classes». A través del estudio de temas de vivienda y luchas por la vivienda, John Rex, Peter Saunders y John E. Davis realizaron nuevos esfuerzos por reconciliar el análisis de las unidades territoriales o espaciales específicas, con el análisis de fenómenos sociológicamente relevantes.¹⁷ Estos trabajos revivieron un concepto separado de «comunidad», el cual para ellos era primero y principalmente un espacio de territorio y edificios, en el cual un grupo social actúa colectivamente sobre la base de intereses y solidaridades que están enraizadas en la propiedad doméstica. De acuerdo con esta perspectiva, tal acción colectiva tenía formas históricas propias, y no era un mero reflejo de las contradicciones enraizadas en el lugar de trabajo.

El trabajo inicial que marcó esta perspectiva fue *Race, Community and Conflict* (1967), de Rex y Moore. Se trata de un estudio de la vivienda y de las relaciones raciales en un área de tugurios de Birmingham llamada Sparkbrook. En este texto, los autores reconocen su deuda con la concepción de lucha de clases de Weber. «Seguimos a Max Weber —sostenían— quien vio que la lucha de clases podía emerger en cualquier lugar donde la gente, en una situación de mercado, tuviera acceso diferenciado a la propiedad (urbana), y que tal lucha de clases podía emerger no sólo por los medios de producción industrial, sino también por el control de la propiedad doméstica».¹⁸ Una década más tarde, Saunders sostuvo que Moore y Rex habían descrito una jerarquía de grupos de estatus por viviendas dentro de las clases sociales, y no un sistema de clases según vivienda.¹⁹ Su crítica básica era que el acceso a la propiedad doméstica muestra una situación de clase, pero no la constituye. A su vez, prestó mayor atención a la diferente posesión de propiedad de la gente, especialmente cuando esta propiedad podía ser una fuente de ingresos y de acumulación de capital. Cuando esto sucede, Saunders sostiene que la propiedad doméstica urbana se convierte en la base para un modelo tricotómico de clases según propiedad, diferenciadas por la propiedad y la utilización.²⁰

Sin embargo, dos años más tarde Saunders rechazó su propia concepción de clases según vivienda. Retornó a un enfoque más macro-

¹⁷ John Rex y Robert Moore: *Race, Community and Conflict* (Londres: Oxford University Press, 1967); Peter Saunders, «Domestic Property and Social Class», en *International Journal of Urban and Regional Research* 2 (1978) y *The Social Theory and the Urban Question* (Nueva York: Holmes and Meier Publishers, 1981); John Davis, *Contested Ground: Collective Action and the Urban Neighborhood*, Ithaca: Cornell University Press, 1991).

¹⁸ Rex y Moore, op. cit., pp. 273-274.

¹⁹ Saunders (1979), op. cit., pp. 240-245.

²⁰ Saunders (1981), op. cit., pp. 88-94.

estructural, sosteniendo que las condiciones que permitían que la propiedad doméstica fuera una fuente de acumulación eran en realidad contingentes, relacionadas a condiciones históricas que se encuentran fuera del modelo de clases según propiedad. Cuando estas condiciones cambiaban, la propiedad de la vivienda ya no era una fuente de ingresos y de acumulación. También sostuvo que la perspectiva weberiana no era la mejor herramienta para analizar los problemas de vivienda, porque no podía explicar cómo las clases según propiedad de los vecindarios se articulaban con las clases económicas en el lugar de trabajo.²¹

Otra década más tarde, en 1991, John E. Davis publicó el tercer trabajo de mayor importancia en esta línea de «clases según vivienda»: *Contested Ground: Collective Action and the Urban Neighborhood*. Este fue esencialmente un llamado a no abandonar el intento anterior de construir un modelo de acción colectiva sobre la base de la relación de la gente con la propiedad doméstica. Basado en su propia experiencia en un vecindario tugarizado, conocido como el West End de Cincinnati, Ohio, Davis sostuvo que la vida política de las comunidades residenciales podía ser explicada a través de una base estructural dentro de la propia localidad. Específicamente, se centró en los términos de los intereses en competencia que los grupos poseen en virtud de sus diferentes maneras de relacionarse con la propiedad doméstica.

El trabajo de Davis combinó la noción marxista de que los intereses objetivos son la base para la formación de un grupo y para el conflicto intergrupar, con la premisa neoweberiana de que tales intereses tienen su raíz en las relaciones de tenencia y de función de la propiedad doméstica. Siguiendo ambas posiciones teóricas, sostiene que las divisiones y los conflictos en los vecindarios residenciales pueden ser explicados por los distintos intereses que tiene la gente en un ambiente de vecindario. Estos intereses son materiales, en el sentido que se originan en relación con una entidad física —terreno y edificaciones usadas para la vivienda. Además, crean un vínculo latente entre la gente que comparte una posición similar, el cual puede convertirse en la base para la solidaridad y la acción colectiva.²² Es sólo cuando los intereses objetivos de una posición de propiedad son convertidos en deseos subjetivos y en metas colectivas de quienes ocupan esta posición particular, que una comunidad puede verse envuelta en la acción colectiva.²³

Esta perspectiva de clases según vivienda puede ser vista como un primer paso hacia el regreso de una forma enriquecida de estudios de comunidad, que combine los niveles de análisis macro y micro, y los factores espaciales y sociales. Sin embargo, en este punto tuvo serias limitaciones. En primer lugar, con unos cuantos textos dispersos en dos décadas y media, nunca llegó a constituirse en una «escuela» de pensamiento como tal, con impacto duradero en el campo de estudio. Lo que es más, mientras el acceso a la vivienda y su propiedad son ciertamente fuentes importantes de luchas, nunca han sido las únicas

²¹ Saunders (1981), op. cit., pp. 136-145.

²² Davis (1991), op. cit., pp. 43-62.

²³ Davis (1991), op. cit., pp. 81-96.

fuentes, y en realidad su importancia ha declinado considerablemente en los últimos años. Un enfoque limitado de la vivienda, deja de lado el hecho de que los individuos no sólo actúan colectivamente sobre la base de intereses originados en la propiedad doméstica. En la vida urbana contemporánea, la gente actúa sobre la base de una amplia variedad de intereses comunes, incluyendo su sobrevivencia económica básica, la obtención de empleos, o la consecución de metas profesionales o políticas comunes. Estos intereses son concretos e investigables, pero no están necesariamente basados en un determinado espacio físico.

Las redes como comunidades personales

Sólo recientemente, en los últimos años, un grupo crítico de sociólogos ha reabierto la discusión sobre las comunidades urbanas como un campo explícito de estudio. Al hacerlo, han adoptado nuevos marcos teóricos y técnicas metodológicas que difieren de aquellas dominantes en las décadas previas. Estos estudiosos comparten la convicción que «sólo en situaciones concretas es posible estudiar la intersección y el efecto interactivo de las fuerzas micro y macro que ahora determinan el destino de nuestras ciudades y de las sub-áreas que las constituyen».²⁴ También sostienen con vehemencia que las comunidades no han desaparecido de las sociedades modernas e industriales. Las «comunidades», por el contrario, se han transformado en nuevas formas sociales basadas en diferentes tipos de lazos que la gente establece cotidianamente.

Dentro de esta renovación teórica y metodológica de los estudios de comunidad, creo que el análisis de las *redes sociales* ofrece las perspectivas más promisorias. Este acercamiento está siendo desarrollado en la actualidad por una nueva generación de sociólogos entre los cuales se encuentran Barry Wellman, S.D. Berkowitz y Claude Fisher.²⁵ Estos estudiosos reconceptualizan la noción de «comunidad», rompiendo con la vieja premisa de que las relaciones sociales están necesariamente confinadas a un espacio físico delimitado.²⁶ De acuerdo con esta premisa, las comunidades fueron entendidas principalmente como vecindarios residenciales. Es decir, como espacios físicos delimitados al interior de los cuales sus habitantes competían por recursos escasos. Con el análisis de redes, sin embargo, las «comunidades» son vistas

²⁴ Janet Abu-Lughod: «New Methods to Study Diversified Urban Neighborhoods: The East Village of Lower Manhattan», borrador manuscrito, febrero 22, 1993. De acuerdo a este trabajo, otros estudiosos que regresan al enfoque de estudios de comunidades incluyen a Joe Feagin, Anthony Orum y Gideon Sjoberg, eds., *The Case for the Case Study* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1991); y Charles Ragin y Howard Becker, eds., *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry* (Nueva York: Cambridge University Press, 1992).

²⁵ Barry Wellman: «The Community Question» *American Journal of Sociology* 84 (Marzo 1979); Barry Wellman y S.D. Berkowitz, *Social Structures: A Network Approach*, (Cambridge: Cambridge University Press 1988); Claude Fisher *To Dwell Among Friends. Personal Networks in Town and City* (Chicago: The University of Chicago Press 1982).

²⁶ Una buena revisión de las tradiciones de investigación que han influenciado el desarrollo del análisis de redes se encuentra en Barry Wellman: «Structural Analysis: From Method and Metaphor to Theory and Substance», Barry Wellman y S.D. Berkowitz, eds., en *Social Structures: A Network Approach*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

como formaciones sociales basadas en diferentes patrones de lazos e interacciones entre la gente, los cuales pueden trascender los límites físicos de un área encapsulada.

Algunos ejemplos de estos tipos de redes no espacialmente (o residencialmente) delimitadas son las redes de migración, las redes entre miembros de organizaciones políticas o asociaciones profesionales, y las redes de sobrevivencia entre los pobres que trascienden el nivel puramente vecinal. Todas estas redes son utilizadas por los residentes urbanos para obtener una variedad de fines, incluyendo recursos materiales, información básica para la sobrevivencia, control social informal, y un sentido personal o colectivo de identidad. Tales fines (o necesidades humanas) tradicionalmente han sido preocupaciones de los estudios de comunidades. Sin embargo, nunca fueron analizados en detalle a través del estudio de los lazos o conexiones interpersonales. Desde la perspectiva del análisis de redes, los lazos entre individuos son la esencia de la sociedad, y el factor principal en el proceso de creación de diferentes tipos de comunidades.²⁷ En la vida diaria se establecen múltiples tipos de lazos o vínculos sociales, por lo que el investigador debe identificar y centrarse en aquellas que son más significativas para explicar el tipo de problema que estamos estudiando.²⁸

Los sociólogos que trabajan en esta perspectiva han desarrollado dos maneras de analizar el establecimiento de las redes sociales y cómo estas influyen en el comportamiento de la gente. Una es el enfoque *relacional*, que sostiene que ciertas conductas y funciones de los individuos son explicadas fundamentalmente por sus relaciones con otros. La otra es el enfoque *posicional*, que enfatiza la posición específica de un actor o grupo de actores dentro del sistema social total.²⁹ La mayoría de estudiosos que analizan las redes sociales como «comunidades» trabajan con el primer enfoque, en el cual las unidades de análisis son las mismas relaciones, analizadas en términos de la densidad, fuerza, simetría y rango de los lazos que las componen. La explicación de la conducta social emerge del patrón de relaciones establecido, y no de las características adscritas a una posición específica dentro de la estructura social. Esto representa una fuerte crítica a aquellas perspectivas que ven la conducta social como un mero epifenómeno, o como contradicciones que emergen de la estructura económica de la sociedad.

Dentro de esta perspectiva, Wellman también extrae algunos principios generales que estarían presente en todos los procesos a través de los cuales los individuos construyen sus redes sociales.³⁰ Primero, además de tener propósitos específicos, cada lazo o vínculo implica

²⁷ Fischer (1982), op. cit., pp. 1-6.

²⁸ J.C. Mitchell, *Social Networks in Urban Situations* (Manchester: University of Manchester Press 1969) pp. 218-216.

²⁹ Para una revisión de ambos acercamientos, ver Mustafa Emirbayer y Jeff Goodwin (1992): «Network Analysis and Historical Sociology: The Problem of Agency», pp. 8-13, mimeo.

³⁰ Wellman (1988) op. cit., pp. 40-45.

un reconocimiento recíproco de una serie de derechos y obligaciones entre un individuo y la gente con la cual interactúa. Estos derechos y obligaciones pueden estar organizados a través de un grupo de intercambios jerárquicos, o a través de intercambios más horizontales. La dirección de estos intercambios, a su vez, moldea el flujo de recursos o servicios. La mayoría de lazos en comunidades urbanas son asimétricas –los patrones dan dádivas, información y protección a los clientes, y reciben a cambio una parte de los bienes y recursos.³¹

La naturaleza, complejidad y tamaño de las redes sociales también están relacionados con las características de clase, étnicas o culturales de los participantes individuales involucrados. En este sentido, cualquier patrón de lazos e interacciones debe ser tratado como expresión de las estructuras mayores en las que se encuentra. Este principio es útil para la comparación de las redes sociales entre diferentes grupos étnicos y sociales. Sin embargo, para analizar redes al interior de estos grupos, otras características deben ser identificadas y analizadas, tales como las características personales del individuo (género, educación, tiempo de residencia, etcétera); la composición de la red (radio de miembros de la familia y amigos); características culturales (concepciones, valores, costumbres); y la naturaleza de los lazos (fuertes o débiles).

Mark Granovetter llama la atención sobre la relevancia analítica que los lazos débiles y fuertes tienen para moldear la naturaleza de las redes personales.³² La fuerza de los lazos puede ser una dimensión relevante en los estudios de comunidad, especialmente como indicador del grado de integración individual a una comunidad. Varios estudios de caso de redes sociales han revelado que los lazos débiles están generalmente relacionados a relaciones instrumentales asimétricas; en otras palabras, se basan más en intereses que en solidaridades. De otro lado, los lazos fuertes son aquellos entre socios simétricos, y corresponden a una intensa solidaridad e intercambios recíprocos. En otras palabras, la reciprocidad sólo aparece en grupos pequeños de gente unida por lazos fuertes, mientras que las relaciones más comunes y las instrumentales suceden sobre la base de lazos débiles.³³

La imagen de comunidad que emerge aquí se opone a la generalizada y nunca discutida idea de las comunidades como constituidas exclusivamente por relaciones de reciprocidad y solidaridad. Con los nuevos estudios emerge una imagen mucho más compleja: comunidades integradas por pequeñas redes de fuertes lazos que se superponen entre sí. En esta imagen, los lazos débiles actúan como puentes entre grupos de lazos fuertes.

³¹ Wellman (1988): op. cit., p. 41.

³² Mark Granovetter: «The Strength of Weak Ties. A Network Theory Revisited» en *Social Structure and Network Analysis*, en Nan Lin y Peter Marsden (eds.) (California: Saga Publications 1982); y «The Strength of Weak Ties» en *American Journal of Sociology* 78(6): 1360-80 (1973).

³³ Vicente Espinoza: «Social Networks Among the Urban Poor: Inequality and Integration in a Latin American City» (Santiago: SUR 1993); Nan Lin, «Social resources and instrumental action», en *Social Structure and Network Analysis* (California: Saga Publications 1982); y Larissa Lomnitz, *Networks and Marginality*, (Nueva York: Academic Press 1977).

El análisis de redes constituye una herramienta poderosa para la renovación de los estudios de comunidad, porque ofrece una manera de superar el declive del potencial explicativo de los análisis de comunidades basados en el territorio. Esta perspectiva reconceptualiza la misma noción de «proximidad», así como la importancia que esta noción tiene en el establecimiento de relaciones sociales entre individuos. De esta manera, refuta la idea de que la vecindad residencial es el espacio social en el cual todos los habitantes deben competir por recursos básicos.

Esta perspectiva también reconceptualiza la noción de comunidad, definiéndola como un sistema de redes sociales. Es decir redes de redes. Esto abre nuevas posibilidades para el entendimiento de los procesos de formación y estructuración de las clases sociales o de cualquier grupo humano. No debemos olvidar que la formación de clases es también un proceso creativo de voluntad humana, y no sólo el resultado de determinaciones estructurales. Así, los recursos y la información distribuida a través de estas redes sociales, y la manera en que la gente reacciona a estos flujos, constituyen factores importantes de cohesión y diferenciación en un grupo de individuos. Esta cohesión y diferenciación afirma las identidades sociales y políticas, y son la base de las acciones colectivas que pueden tomar distintas formas.

El análisis de redes se desarrolla en el nivel de análisis más individual y subjetivo: cómo la gente interactúa entre sí de manera cotidiana. Los factores estructurales, tales como el rol de una ciudad en la división global de trabajo y poder de una sociedad determinada; la estructura de producción y reproducción de la economía urbana; y las instituciones políticas y sociales que crean los canales para la participación social y política; también juegan un importante papel en moldear la conducta. Como afirma Fischer, el proceso de formación de redes sociales es básicamente un acto de protagonismo individual.³⁴

Finalmente, algunos estudiosos sostienen que las redes sociales pueden ser el eslabón faltante capaz de conectar los niveles de análisis globales y locales, y la experiencia personal con la acción colectiva.³⁵ Este potencial reposa en el hecho de que el análisis de redes tiene la flexibilidad teórica y metodológica para hacer conexiones (de ida y vuelta) entre diferentes esferas de la vida cotidiana que han sido tradicionalmente separadas. Estas esferas a su vez son articuladas de diferentes maneras con las transformaciones macroeconómicas que afectan la sociedad, y que establecen los márgenes de acción para los individuos y las comunidades. Qué tipos de redes sociales son capaces de hacer estas conexiones, y cómo, son algunas de las cuestiones más promisorias a investigar que enfrentamos los sociólogos urbanos hoy en día.

³⁴ Fischer (1982), op. cit., p. 4-9.

³⁵ Michael Peter Smith y Richard Tardenico: «Urban Theory Reconsidered: Production, Reproduction and Collective Action» en *The Capitalist City* Smith y Feagin, eds. (Cambridge: Basil Blackwell, 1987).